
Nada resuelto

Jordi Nadal



Es paradójico escribir en una columna de opinión para quien, solo con dificultad, intenta tener una y que sea sólida y propia. Todos tenemos opiniones, aunque, como la mayoría son prestadas o copiadas, no necesitamos de muchísimo esfuerzo para poder decir cosas. Pero tener algo verdadero que decir es pasar la piedra de afilar sobre tu propio pensamiento y no haber dejado nunca que las cosas sean romas o estén oxidadas. Tener criterio cansa, porque exige posicionarse en el mundo. Ir con la corriente es fácil, no tiene secreto, por eso los peces que se mueven sin dificultad son los que siempre se dejan llevar por el flujo del agua: muchos, conviene decirlo, es porque están muertos.

Aunque duela, toca crecer, porque exige mostrar la espalda desnuda y entregar las armas. Rendirse al misterio, dejarlo todo. Estar dispuestos –metafóricamente hablando– a morir. Uno solo puede tener una conversación memorable si está preparado para ser auténtico. Todo lo de-

Para huir de lo banal, debemos abrirnos paso como los exploradores en la selva

más es perdernos en lo trivial. Para huir de lo banal, debemos abrirnos paso como los exploradores que debían cruzar la selva: los dejaban en una playa atlántica, con un machete, y se abrían paso a través de lo desconocido y no paraban hasta que se encontraban –o no– con la costa del Pacífico. La verdad exige asumir dureza y sentirse solo. Pide de nosotros que nos convenzamos de que solo honrando la dignidad de los demás será posible conversar. Pide ofrecer a las personas diálogos que incluyan ternura y desnudez, asumirse imperfecto y falible. La verdad exige una capacidad de decir o de callar, pero que esté presidida por el canto.

Cuando todo parece estar perdido, puede que llegue el momento de la salvación, secreta, esencial e individual, misteriosa y solitaria: nos llena de gozo estar dentro de nosotros y cerca de aquellos a los que amamos. Es en ese fragmento del acantilado, en el que todo parece atraernos al abismo, donde se viene a entregar nuestro carácter. Nos damos cuenta de que nunca entenderemos las cosas esenciales de la vida y de que, francamente, apenas controlamos nada. Cuando eso sucede, en ese instante de enorme verdad, nos acercamos a la roca en la que hay una espada clavada y –oh, milagro– la extraemos como solo el futuro rey Arturo podría hacerlo. Hemos llegado a casa.●